

energía.—¿Y si mi hija se muere de pesar después?—se preguntó.

Miró maquinalmente por la ventana de la fonda de los Príncipes y fué á sentarse de nuevo en el diván, donde permaneció inmóvil. Las fatigas de sus viajes á las Indias, las preocupaciones de la especulación, los peligros corridos y evitados, y las desazones, habían plateado la cabellera de Carlos Miñón. Su hermoso rostro militar, de líneas tan puras, había sido bronceado por el sol de la Malasia, de la China y del Asia Menor, y había tomado un carácter imponente que el dolor convertía en sublime en este momento.

—Mongenod me dice que tenga confianza en el joven que va á venir á hablarme de mi hija.

En este instante, Ernesto fué anunciado por uno de los criados que el conde de La Bastie se había proporcionado durante aquellos cuatro años, escogiéndolos entre el número de sus subordinados.

—Caballero, ¿viene usted de parte de mi amigo Mongenod?—dijo el señor Miñón.

—Sí, señor—respondió Ernesto contemplando tímidamente aquel rostro tan sombrío como el de Oteló.—Me llamo Ernesto de La Briere, estoy emparentado con la familia del último primer ministro, y he sido su secretario particular mientras ejerció este cargo. Á su caída, Su Excelencia me colocó en el tribunal de cuentas, donde soy refrendario de primera clase y donde espero llegar á ser pronto jefe de negociado.

—Y ¿qué relación puede tener todo eso con la señorita de La Bastie?—preguntó Carlos Miñón.

—Caballero, la amo, y gozo de la inesperada dicha de ser amado por ella. Escuche usted, señor—dijo Ernesto procurando calmar al irritado padre;—tengo que hacerle á usted la confesión más extravagante y más vergonzosa para un hombre de honor. El espantoso castigo de mi conducta, natural acaso, no está en el hecho de tener que revelársela á usted... Temo aun más á la hija que al padre.

Ernesto contó sencillamente, y con la nobleza que da la sinceridad, el prólogo de aquel pequeño drama doméstico, sin omitir las veintitantas cartas cambiadas, y que había llevado consigo, ni la entrevista que acababa de tener con Canalis. Cuando el padre hubo dado fin á la lectura de aquellas cartas, el pobre Ernesto, pálido y suplicante, tembló ante las terribles miradas que le dirigió el provenzal.

—Caballero—dijo Carlos,—en todo esto sólo hay un error, pero que es capital. Mi hija no tiene seis millones, y sólo cuenta con doscientos mil francos de dote, y esperanzas muy dudosas de tener algo más.

—¡Ah! señor—dijo Ernesto levantándose, arrojándose sobre Carlos Miñón y estrechándole sobre sus brazos,—¡me quita usted un peso atroz! Ahora espero que acaso no se oponga nada á mi dicha. Tengo protectores y seré jefe de negociado. Aunque Modesta no tuviese más que diez mil francos, aun cuando yo debiese reconocerle una dote, sería mi mujer; y hacerla feliz como usted ha hecho á la suya, ser para usted un verdadero hijo, toda vez que no tengo padre, constituyen todas mis aspiraciones.

Carlos Miñón reculó tres pasos, fijó en La Briere una mirada que penetró en los ojos del joven como un puñal en su vaina, y permaneció silencioso al ver reflejada la más completa candidez y la verdad más pura en aquella fisonomía franca y en aquellos ojos encantados.

—¿Se habrá cansado ya la suerte de perseguirme?—se dijo Carlos á media voz.—¿Habré encontrado acaso en este joven la perla de los yernos?

Y se paseaba agitado por la habitación.

—Caballero—dijo por fin Carlos Miñón,—usted debe la más completa sumisión á la sentencia que ha venido á pedir, pues de no hacerlo así, me probaría que no obra usted con sinceridad en este instante.

—¡Ah! señor...

—Escuche usted—dijo el padre hipnotizando á La

Briere con una mirada.—No seré severo, duro, ni injusto. Usted sufrirá los inconvenientes y las ventajas de la falsa posición en que se ha colocado. Mi hija cree amar á un gran poeta, cuya gloria la ha seducido. Ahora bien, yo que soy su padre, ¿no debo ponerla en situación de escoger entre la celebridad que fué como un faro para ella y la pobre realidad á que el destino le arroja con una de esas burlas que éste se permite con tanta frecuencia? ¿No es preciso que mi hija pueda optar entre Canalis y usted? Cuento con su honor, y espero por él que usted guardará silencio acerca de lo que acabo de decirle relativo al estado de mis asuntos. Usted y su amigo Canalis vendrán al Havre á pasar esta última quincena del mes de octubre. Mi casa estará abierta para ambos, y mi hija tendrá tiempo suficiente para observar á usted. No olvide que debe llevar usted mismo á su rival, y que debe dejarle creer todo lo que se diga acerca de los millones del conde de La Bastie. Mañana estaré en el Havre, y les espero á ustedes tres días después de mi llegada. Adiós, caballero.

El pobre La Briere se volvió con paso lento á casa de Canalis. En este instante, solo consigo mismo, el poeta podía abandonarse al torrente de pensamientos que hace nacer ese segundo impulso tan elevado por el príncipe de Talleyrand. El primer impulso es la voz de la naturaleza, y el segundo la de la sociedad.

—¡Una hija que posee seis millones, y mis ojos no pudieron ver ese oro á través de las tinieblas! Con una fortuna tan considerable sería par de Francia, conde, embajador. He contestado á artesanas, á estúpidas, á intrigantes que querían un autógrafo, y me he cansado de esas intrigas en el momento preciso en que Dios me enviaba un alma elegida, un ángel con alas de oro... ¡Bah! voy á hacer un poema sublime, y la casualidad me proporcionará nueva suerte. Pero ¡qué suerte tiene ese estúpido La Briere, que se ha adornado con mis plumas! ¡Qué plagio! ¡Yo soy el

modelo, y él será la estatua! ¡Hemos representado la fábula de *Bertrand y Ratón!* ¡Seis millones y un ángel, una Miñón de La Bastie, un ángel aristocrático enamorado de la poesía y del poeta!... ¡Y yo mostrando mis músculos de hombre fuerte, haciendo ejercicios de Alcide para asombrar con mi fuerza moral á ese campeón de la fuerza física, á ese valiente soldado todo corazón, al amigo de esa joven, á la que dirá que tengo un alma de bronce! ¡Me finjo Napoleón cuando debiera presentarme como un serafín...! Nada, ya lo hice, y acaso tendré un amigo que habré pagado caro; pero ¡es tan hermosa la amistad! Seis millones, he aquí el precio de un amigo, precio al cual no es posible adquirir muchos...

Quando Canalis estaba en ese punto de su soliloquio, entró La Briere sumamente triste.

—¿Qué tienes?—le dijo el poeta.

—El padre exige que la hija pueda escoger entre los dos Canalis.

—¡Pobre muchacho!—exclamó el poeta riéndose.— ¡Es ocurrence ese padre!...

—He adquirido el compromiso de honor de llevarte al Havre—dijo La Briere con voz lastimera.

—Amigo mío—respondió Canalis,—tratándose de tu honor puedes contar conmigo. Voy á pedir un mes de licencia.

—¡Ah! ¡Modesta es muy hermosa, y tú me vencerás fácilmente!—exclamó La Briere.—Ya me asombraba yo de que la felicidad se ocupase de mí, y por eso me decía: «¡Se engaña!»

—¡Bah! ¡allá veremos!—dijo Canalis con feroz alegría.

Por la tarde, después de comer, Carlos Miñón y su cajero corrían de París al Havre. El padre había tranquilizado por completo á Dumay acerca de los amores de Modesta, le había relevado de su consigna y le aconsejaba que no se preocupase de Butscha.

—Todo lo hace Dios por un bien mayor, mi viejo

Dumay—dijo Carlos, á quien los Mongenod habían dado pormenores de Canalis y de La Briere.—¡Vamos á tener dos personajes para desempeñar un solo papel!—exclamó alegremente.

Empero recomendó una discreción absoluta á su antiguo camarada acerca de la comedia que debía representarse en el *Chalet*, comedia que constituía la más grata de las venganzas, ó, mejor dicho, de las lecciones de un padre á su hija. De París al Havre, entre los dos amigos entablóse una conversación que puso al coronel al corriente de los más ligeros incidentes ocurridos á su familia durante aquellos cuatro años, y Carlos dijo á Dumay que Desplein, el gran cirujano, debía ir antes de fin de mes á examinar la catarata de la condesa, á fin de decir si era posible devolverle la vista.

Un momento antes de la hora en que se acostumbraba almorzar en el *Chalet*, los chasquidos del látigo de un postillón que contaba con una gran propina anunciaron la vuelta de los dos soldados á sus respectivas familias. Semejante prisa sólo podía ser originada por el goce de un padre que vuelve á su hogar después de una gran ausencia; así es que todas las mujeres se hallaban ya á la puerta cuando el coche llegó. Hay tantos padres y tantos hijos, y sin duda más padres que hijos, para comprender la embriaguez de semejante fiesta, que la literatura no ha necesitado nunca, afortunadamente, describirla; pues, á pesar de sus poderosas armas, la poesía está muy por debajo de estas emociones. Sin duda las emociones suaves son poco literarias. En todo aquel día no se pronunció una palabra que pudiese turbar los goces de la familia Miñón. Hubo una tregua entre el padre, la madre y la hija respecto del misterioso amor que desvelaba á Modesta. El coronel, con la admirable delicadeza que distingue á los verdaderos soldados, estuvo todo el día al lado de su mujer, cuya mano mantenía entre las suyas, y contemplaba á Modesta sin

cansarse de admirar su fina, elegante y poética belleza. ¿No es en estas pequeñeces en lo que se reconocen las gentes de corazón? Modesta, que temía turbar el goce melancólico de su padre y de su madre, iba á cada instante á besar la frente del viajero, y, besándole demasiado, parecía que quería besarle por dos.

—¡Oh, hija mía, te comprendo!—dijo el coronel estrechando la mano de Modesta en un momento en que ésta lo colmaba de caricias.

—¡Silencio!—le dijo Modesta señalándole á su madre.

El mutismo un tanto socarrón de Dumay, inquietó á Modesta acerca de los resultados del viaje á París, y la joven miraba á veces al teniente á hurtadillas, sin poder de ningún modo penetrar las ideas y sentimientos que se encerraban bajo la dura epidermis del veterano. Como padre prudente, el coronel quería estudiar el carácter de su hija única, y consultar ante todo á su mujer, antes de tener una conferencia de la que dependía la felicidad de toda la familia.

—Hija querida—dijo el padre por la noche,—si hace buen tiempo, mañana por la mañana quiero ir á pasear contigo á la orilla del mar... ¡Tenemos que hablar de los poemas de usted, señorita de La Bastie!

Estas palabras, acompañadas de una sonrisa paternal que se reprodujo como un eco en los labios de Dumay, fué todo lo que Modesta pudo saber. Pero esto bastó para calmar sus inquietudes, para excitar su curiosidad y para que hiciese una multitud de suposiciones que no le permitieron quedarse dormida hasta muy tarde. Así, pues, al día siguiente estaba vestida y arreglada antes que su padre.

—Papá ¿ya lo sabe usted todo?—dijo Modesta á su padre tan pronto como se encontraron fuera de casa.

—Lo sé todo, y sé además muchas cosas que tú no sabes—respondió el coronel.

Dichas estas palabras, el padre y la hija dieron algunos pasos en silencio.

—Hija mía, explícame cómo una hija adorada por su madre ha podido dar, sin consultarlo con ella, un paso tan capital como el de escribir á un desconocido.

—Papá, porque mamá seguramente no lo hubiera consentido.

—Y ¿crees tú, hija mía, que eso está bien hecho? Habiéndote instruído sola, ¿cómo tu razón y tu talento, á falta del pudor, no te ha dicho que obrar de ese modo equivalía á *entregarte á discreción á un hombre?* ¿Carecerá de orgullo y de delicadeza mi hija, mi sola y única hija? ¡Ah! Modesta, ¡me has hecho pasar dos horas infernales en París! porque, moralmente, has observado la misma conducta que Betina, sin tener la excusa de la seducción; has sido coqueta á sangre fría, y esta coquetería es el amor de cabeza, el vicio más espantoso de la francesa.

—¿Yo sin orgullo?...—decía Modesta llorando.—Pero ¡si él no me ha visto aún!...

—Sabe tu nombre...

—Sí, pero yo no se lo dije hasta el momento en que los ojos dieron razón á tres meses de correspondencia, durante los cuales nuestras almas se hablaron.

—Sí, ovejita mía descarriada, usted empleó cierta sensatez en una locura que comprometía, á más de su dicha, á su familia.

—Pero después de todo, papá, la felicidad es la abolición de esta temeridad—dijo Modesta en un arranque de humor.

—¡Ah! ¿no es más que una temeridad?—exclamó el padre.

—Una temeridad que mi madre se permitió también—replicó Modesta vivamente.

—¡Hija caprichosa! tu madre, después de haberme visto en un baile, dijo por la noche á su padre, que la adoraba, que creía que sería dichosa conmigo... Sé franca, Modesta, ¿hay alguna semejanza entre un amor concebido rápidamente, es verdad, pero prote-

gido por un padre, y la loca acción de escribir á un desconocido?

—¡Á un desconocido, papá! diga usted más bien á uno de nuestros más grandes poetas, cuyo carácter y vida están expuestos á todas las miradas, á la maledicencia y á la calumnia, á un hombre cubierto de gloria, para el cual, papá querido, he permanecido en el estado de personaje dramático y literario, hasta el momento en que quise saber si el hombre era tan bello como su alma.

—¡Dios mío! pobre hija, quieres poetizar tu casamiento, y olvidas que si en todo tiempo han permanecido encerradas las jóvenes en el interior de su familia, si Dios y la ley social las sujetan al yugo severo del consentimiento paterno, es precisamente para ahorrarnos todas las desgracias de esas poesías que os encantan, que os deslumbran, y que no podéis apreciar en su justo valor. La poesía es uno de los recreos de la vida, pero no constituye por sí sola la vida.

—Papá, ese es un proceso que está aun pendiente del tribunal de los hechos, pues existe una lucha constante entre nuestros corazones y la familia.

—¡Desgraciada la hija que fuese feliz con esa resistencia!—dijo gravemente el coronel.—En 1813, yo vi casarse á uno de mis compañeros, al marqués de Aiglemont, contra el consentimiento del padre de su mujer, y aquel matrimonio pagó cara la testarudez que una joven confundía con el amor... En este punto la familia es soberana...

—Eso mismo me dijo mi prometido—respondió la joven,—el cual se constituyó en Orgón durante un tiempo determinado, y tuvo valor para hablar mal de los poetas.

—Ya he leído las cartas de usted—dijo Carlos Miñón dejando escapar una maliciosa sonrisa que inquietó á Modesta.—Y á propósito de esto, debo hacerte observar que tu última carta podía permitírsele en

nas á una joven seducida, á una Julia d'Étanges. ¡Dios mío! ¡qué daño nos hacen las novelas!

—Papá, si no hubiese quien las escribiese, las haríamos nosotros. Pero es mejor leerlas. En nuestros tiempos, ocurren menos aventuras que bajo los reinados de Luis XIV y de Luis XV, durante los cuales se publicaban muchas menos... Por otra parte, si ha leído usted mis cartas, habrá visto que le he encontrado para yerno al hijo más respetuoso, al alma más angelical, á la probidad más severa, y que ambos nos amamos por lo menos tanto como se amaban usted y mi madre... Concedo á usted que las cosas no pasaron del modo que aconseja la etiqueta, habré cometido, si usted quiere, una falta...

—He leído las cartas de usted, señorita—repitió el padre interrumpiéndola,—y sé perfectamente cómo te ha justificado él á tus propios ojos de un paso que podría permitirse á una mujer que, arrastrada por una pasión, conociese la vida, pero que en una joven de veinte años es una falta monstruosa.

—Una falta para plebeyos, para Gobenheim's acompañados que miden la vida con escuadra. No salgamos del mundo artístico, papá. Nosotras las jóvenes tenemos que optar por uno de estos dos sistemas: ó hacer ver á un hombre que le amamos por medio de monerías y carantoñas, ó dirigirnos á él francamente. ¿No es noble y grande este último partido? Nosotras las francesas somos entregadas por nuestras familias como si fuésemos mercancías á tres meses fecha, como la señorita Vilquín; pero en Inglaterra, en Suiza y en Alemania se casan poco más ó menos por el mismo sistema que yo he empleado. ¿Qué tiene usted que responder? ¿No soy un poco alemana?

—¡Niña!—exclamó el coronel mirando á su hija,—precisamente la superioridad de Francia proviene de su buen sentido, de la lógica á que está condenado su espíritu por su hermosa lengua. ¡Francia es la razón del mundo! Inglaterra y Alemania son novelescas en

este punto de sus costumbres, y aun allí las grandes familias siguen nuestras leyes. ¿Cómo no comprendéis que los padres tienen la obligación de velar por vuestras almas y por vuestra dicha, y de evitar los escollos del mundo?... ¡Dios mío! ¿cuya será la culpa? ¿Debe mantenerse á los hijos bajo un yugo de hierro? ¿Recibiremos un castigo por nuestra excesiva ternura hacia ellos?

Modesta miró á su padre con el rabillo del ojo, mientras el coronel pronunciaba esta especie de invocación con lágrimas en los ojos.

—¿Acaso comete una falta la joven que, pudiendo disponer de su corazón, escoge para marido á un joven, que no sólo es encantador, sino que además es hombre de genio, noble y tiene una gran posición?—preguntó Modesta.

—¿Le amas?—dijo el coronel.

—Mire usted, papá—profirió Modesta recostando su cabeza en el pecho del coronel,—si no quiere usted verme morir...

—¡Basta!—dijo el veterano—veo que tu pasión es firme.

—Inmutable—respondió la joven.

—¿No te obligará nada á cambiar de opinión?

—¡Nada del mundo!

—¿Tú no supones ningún secreto, ninguna traición—repuso el veterano,—y le amas, á pesar de todo, á causa de su encanto personal, y le amarías lo mismo aunque fuese un Stourney?

—¡Oh! padre mío, usted no conoce á su hija. ¿Podría yo amar á un cobarde, á un hombre sin fe, sin honor, á un escapado del patíbulo?

—¿Y si hubieses sido engañada?

—¿Por ese encantador y cándido muchacho casi melancólico? Ó se burla usted, ó es que no le ha visto.

—En fin, veo que, por fortuna, tu amor no es absoluto, como decías. Yo te hago percibir circunstancias que modificarían tu poema... Ahora bien ¿no com-

haberdado algunos pasos —el por qué *ese señor* hablaba tan mal de la poesía y de los poetas, y el por qué ese secretario decía... Pero—añadió interrumpiéndose sus virtudes, sus cualidades, sus hermosos sentimientos ¡no son una farsa epistolar? El que roba una gloria y un nombre puede perfectamente...

—¡Abrir las puertas con ganzúa, robar los tesoros y asesinar en los caminos!...—dijo Carlos Miñón sonriéndose.—He aquí una consecuencia de los sentimientos absolutos de las jóvenes y de vuestra ignorancia de la vida, pues creéis que un hombre capaz de engañar á una mujer descende necesariamente del patíbulo ó tiene que subir á él.

Esta burla hizo cesar la emoción de Modesta, y el silencio volvió á reinar de nuevo.

—Hija mía—repuso el coronel,—lo mismo en la sociedad que en la naturaleza, los hombres deben procurar apoderarse de vuestros corazones, y vosotras debéis defenderos. Tú has invertido los papeles. ¿Está esto bien? No. En una posición falsa, todo ha de ser falso. Tú eres, pues, la primera culpable. Un hombre no es un monstruo cuando trata de agradar á una mujer, y nuestro derecho nos permite hacer toda clase de esfuerzos en los que no entre el crimen ni la cobardía. Un hombre puede ser virtuoso después de haber engañado á una mujer, pues esto equivale sencillamente á decir que no ha encontrado en ella lo que buscaba; mientras que únicamente una reina, una actriz ó una mujer colocada tan por encima del hombre que sea para él una reina, pueden dirigirse á él y buscarle sin ser vituperadas. Pero al hacer esto una joven, niega todo lo que Dios le ha hecho florecer de santo, de hermoso y de elevado en ella, por grande que sea la gracia, la poesía y las precauciones que tome para cometer la falta.

—¡Buscar al amo y encontrar al criado!... ¡Haber representado yo sola *Los Juegos del amor y del azar!*—dijo Modesta con amargura.—¡Oh! ¡no lo olvidaré nunca!

—¡Loca!... Don Ernesto de La Briere es, á mi parecer, una persona á lo menos igual á Canalis; ha sido secretario del primer ministro, es refrendario del tribunal de cuentas, hombre de corazón y te adora, pero no *compone versos*... No, convengo en que no es poeta; pero acaso tenga el corazón lleno de poesía. En fin, hija mía—dijo el padre al ver el gesto de disgusto que hizo Modesta,—los verás á ambos, al falso y al verdadero Canalis...

—¡Oh! ¡papá!

—¿No me has jurado obedecerme en todo en la cuestión de tu matrimonio? Pues bien, podrás escoger á aquel que más te agrade de los dos. Has empezado con un poema y acabarás con una bucólica, procurando conocer el verdadero carácter de esos dos señores en alguna aventura campestre, la caza ó la pesca.

Modesta bajó la cabeza, y se volvió al *Chalet*, escuchando á su padre y respondiéndole con monosílabos. La pobre joven había caído humillada, desde las alturas adonde la habían conducido sus creaciones, al fondo de un cenagoso estanque. Empleando las poéticas frases de un autor contemporáneo, diremos con él: «Después de haber sentido que las plantas de sus pies eran demasiado tiernas para caminar sobre los guijarros de vidrio de la realidad, la fantasía, que reunió en aquel frágil corazón el todo de la mujer, desde los sueños sembrados de violetas de la joven púdica hasta los deseos insensatos de la cortesana, la había llevado al centro de sus jardines encantados, donde ¡amarga sorpresa! veía salir de tierra, en lugar de la flor sublime deseada, las piernas velludas y torcidas de la negra mandrágora.» De las alturas místicas de su amor, Modesta había sido trasladada al camino llano, unido y orillado de fosos, en una palabra, á la senda de la vulgaridad. ¿Qué joven de alma ardiente no se hubiera estrellado en semejante caída? ¿Á los pies de quien había ella sembrado sus pensamientos?

La Modesta que volvió al *Chalet* no se parecía ya en

nada á la que salió dos horas antes, del mismo modo que la actriz en la calle no se parece en nada á la heroína en escena. La pobre joven denotaba que era presa de una tristeza y de una meditación que daba pena. El sol era obscuro, la naturaleza se velaba, las flores no le decían ya nada. Como todas las jóvenes de carácter extremado, Modesta bebió algunos sorbos de más en la copa del desencanto y luchaba con la realidad, sin querer entregar su cuello al yugo de la familia y de la sociedad, que le parecía duro, pesado y torpe. Ni siquiera quiso escuchar los consuelos de su padre y de su madre, pues encontraba no sé qué extraño placer en abandonarse á los sufrimientos de su alma.

—¡El pobre Butscha tiene razón!—dijo Modesta una noche.

Estas palabras indican el camino que la joven había andado en poco tiempo, guiada por profunda tristeza, por las áridas llanuras de la realidad. La tristeza engendradora por la pérdida de todas nuestras esperanzas, es una enfermedad que causa á veces la muerte. El indagar por qué vías y por qué medios llega *un pensamiento* á producir la misma desorganización que un veneno, será uno de los principales problemas de la fisiología actual; como la desesperación, que quita el apetito, destruye el pílora y cambia todas las condiciones de la vida más fuerte. Así le ocurrió á Modesta: no cantaba, no había medio de hacerla sonreír, y en tres días llegó á cambiar de tal modo, que inspiró serias inquietudes á sus padres y á sus amigos. Carlos Miñón, intranquilo al ver que no llegaban los dos amigos, pensaba en irles á buscar; pero, al cuarto día, el señor Latournelle tuvo noticias de ellos. He aquí cómo.

Canalis, excesivamente atraído por tan rico partido, no quería descuidar nada para aparecer superior á La Briere, sin que éste pudiese reprocharle el que hubiese violado las leyes de la amistad. El poeta pensó

que nada rebajaba más á un amante á los ojos de una joven que el mostrarse en una situación subalterna, y, con la mayor sencillez, propuso á La Briere vivir juntos y tomar por un mes, en Ingouville, una casita de campo, donde se instalarían ambos bajo pretexto de falta de salud. Una vez que La Briere, que en el primer momento no vió nada que no fuese natural en aquella proposición, hubo consentido, Canalis se comprometió á llevar á su amigo gratuitamente, é hizo por sí solo los preparativos de viaje, enviando á su ayuda de cámara al Havre y encargándole que se dirigiese al señor Latournelle para alquilar una casa de campo en Ingouville, cosa que hacía el poeta presumiendo que el notario lo contaría todo á la familia Miñón. Como todo el mundo puede presumir, Ernesto y Canalis habían hablado de todas las circunstancias de aquella aventura, y el prolijo La Briere había dado mil informes á su rival. El ayuda de cámara cumplió á las mil maravillas el encargo de su amo y anunció la llegada al Havre del gran poeta, á quien los médicos ordenaban, según él, baños de mar para reparar sus fuerzas, agotadas con los dobles trabajos de la literatura y de la política. Este gran personaje quería una casa que tuviera, por lo menos, un determinado número de habitaciones, pues llevaba consigo al secretario, al cocinero, dos criados y un cochero, sin contar á don Germán Bonnet, su ayuda de cámara. La calesa escogida por el poeta y alquilada por un mes, era bastante bonita, y podía servir para dar algunos paseos; de modo que Germán procuró alquilar dos caballos que sirviesen para todo, ya que al señor barón y á su secretario les gustaba mucho el montar. Delante del diminuto Latournelle, Germán, mientras visitaban las casas de campo, recalca mucho la palabra secretario, y rechazó dos so pretexto de que el señor de La Briere no estaría en ellas convenientemente albergado.

—El señor barón—decía,—ha hecho de su secretario

su mejor amigo. ¡Ah! menuda riña me esperaría si yo no tratase al señor de La Briere como al señor barón en persona. Después de todo, don Ernesto es refrendario del tribunal de cuentas.

Germán se mostró siempre vestido de negro, con guantes limpios, botas lustradas y portado como un caballero. Juzgad el efecto que esto produciría y la idea que se formarían del gran poeta por la muestra de su ayuda de cámara. El criado de un hombre de talento acaba por tenerlo, pues el talento de su amo se le contagia. Según le había recomendado Canalis, Germán no exageró su papel, y procuró aparecer sencillo y modesto. El pobre La Briere no sospechaba siquiera el daño que le hacía Germán y la depreciación que había sufrido, toda vez que los rumores de las esferas inferiores no tardaron en llegar á oídos de Modesta. Así que Canalis iba á llevar á su amigo como individuo de su servicio en su coche, y era muy probable que, dado el carácter de Ernesto, éste no reconociese la falsedad de su posición en tiempo oportuno para remediarla. El retardo que lamentaba Carlos Miñón provenía de la pintura del escudo de armas de Canalis en los testeros de la calesa, y de los encargos hechos al sastre, pues el poeta no desconocía la influencia que ejercen sobre una joven esa multitud de detalles.

—Descuide usted—dijo Latournelle á Carlos Miñón el quinto día;—el ayuda de cámara del señor de Canalis ha terminado esta mañana, ha alquilado el pabellón de la señora Amaury, en Sanvic, por setecientos francos, y ha escrito á su amo que podía emprender el viaje y que lo encontraría preparado todo para su llegada. De modo que esos señores estarán aquí el domingo. He recibido también la siguiente carta de Butscha, que, como puede usted ver, no es larga: «Mi querido principal: No estaré de vuelta hasta el domingo: tengo que tomar aún algunos informes sumamente importantes y que conciernen á la

ficha de una persona por quien usted se interesa.»

El anuncio de la llegada de estos dos personajes no alivió la tristeza de Modesta: el conocimiento de su caída y su confusión la dominaban aún, y no era tan roqueta como su padre creía. Existe una encantadora roquetería permitida, que es la del alma, y que puede llamarse la cortesía del amor; pero Carlos Miñón no había sabido distinguir entre el deseo de agradar y el amor de cabeza, entre la sed de amar y el cálculo. Como verdadero coronel del Imperio, había visto en aquella correspondencia, rápidamente leída, á una joven que se arrojaba en brazos de un poeta; pero en las cartas suprimidas para evitar prolijidad, un conocedor hubiera admirado la reserva púdica y graciosa que Modesta no había tardado en sustituir por el tono agresivo y ligero de sus primeras cartas, mediante una transición muy natural en la mujer. En este punto, el padre había tenido razón. La última carta en que Modesta, movida por un triple amor, había hablado como si el matrimonio se hubiese efectuado ya, aquella carta le causaba vergüenza, y por eso encontraba á su padre muy duro y muy cruel, al ver que la obligaba á recibir á un hombre indigno de ella y hacia el cual había volado su alma casi desnuda. Modesta había interrogado á Dumay acerca de su entrevista con el poeta, le había arrancado con astucia la relación de sus menores detalles, no encontraba á Canalis tan bárbaro como decía el teniente, y sonrió al oír el relato de aquella hermosa cajita papal, que contenía las cartas de aquellas *mil y tres* mujeres de aquel don Juan literario. Varias veces estuvo tentada de decir á su padre:

—No he sido yo la única en escribirle, y veo que la flor de las mujeres envía hojas á la corona de laurel del poeta.

El carácter de Modesta sufrió, en aquellos días, una gran transformación. Aquella catástrofe, que no fué pequeña en una naturaleza tan poética como la suya,

despertó la perspicacia y la malicia latentes en aquella joven, en la que sus pretendientes iban á encontrar un terrible adversario. En efecto, cuando el corazón de una joven se enfría, la cabeza se despeja, y entonces lo observa todo con una cierta rapidez de juicio y con un tono de mofa que Shakspeare describe perfectamente en el personaje Beatriz de *Mucho ruido para nada*.

Modesta sintió una profunda aversión por los hombres al ver que los más distinguidos burlaban sus esperanzas. En amor, el mero hecho de ver con claridad las cosas es confundido por la mujer con la aversión. Pero en materia de sentimientos, la mujer, y sobre todo la soltera, no está nunca en lo cierto: si no admira, desprecia. Ahora bien; después de haber sufrido inauditas penas, Modesta llegó, por necesidad, á revestirse de aquella armadura en la que ella había dicho haber grabado la palabra DESPRECIO, y podía desde luego asistir como persona desinteresada, á pesar de que desempeñaba un papel, á la comedia de los pretendientes. Modesta se proponía ante todo humillar constantemente al señor de La Briere.

—Nuestra hija está salvada—dijo sonriendo la señora Miñón á su marido.—Quiere vengarse del falso Canalis procurando amar al verdadero.

Tal fué, en efecto, el plan de Modesta. Esto era tan vulgar, que su madre, á quien la desengañada confió sus penas, le aconsejó que no dejase de demostrar al señor de La Briere la más abrumadora bondad.

—He ahí dos jóvenes—dijo la señora Latournelle el sábado por la noche—que no sospechan siquiera el número de espías que van á tener, pues seremos ocho á desenmascararles.

—¡Que dos, dices, amiga mía!—exclamó el insignificante Latournelle—serán tres. Como Gobenheim no está aquí aún, puedo decirlo.

Modesta había levantado la cabeza, y siguiendo su ejemplo, todo el mundo miraba al notarillo.

—Un tercer enamorado, que lo está de veras, opta también al premio.

—¡Bah!...—dijo Carlos Miñón.

—Pues se trata nada menos que de Su Señoría el duque de Herouville, marqués de San Severo, duque de Nivron, conde de Bayeux, vizconde de Essigny, gran escudero y par de Francia, caballero de las órdenes de la Espuela y del Toisón de oro, grande de España, é hijo del último gobernador de Normandía—dijo fastuosamente el notario.—Ha visto á la señorita Modesta durante su permanencia en casa de los Vilquín, y, según dice su notario llegado ayer de Bayeux, lamentaba que no fuese bastante rica para él, cuyo padre no encontró á su llegada á Francia más que su castillo de Herouville, habitado por una hermana. El pobre duque tiene treinta y tres años, y yo he recibido el encargo de hacerle á usted estas manifestaciones, señor conde—dijo el notario volviéndose respetuosamente hacia él.

—Pregunte usted á Modesta—respondió el padre—si quiere tener un pájaro más en su pajarera, pues por lo que á mí atañe, no tengo inconveniente en que ese señor escudero le haga la corte.

Á pesar del cuidado que ponía Carlos Miñón en no ver á nadie, en permanecer en el *Chalet* y en no salir nunca sin Modesta, Gobenheim, á quien hubiese sido difícil cerrar las puertas del *Chalet*, había hablado de la fortuna de Dumay, porque éste, que era el segundo padre de Modesta, le había dicho al despedirse de él:

—Seré el intendente de mi coronel, y toda mi fortuna, excepto la de mi mujer, será para los hijos de Modesta.

En el Havre todo el mundo se había repetido, pues, esta pregunta tan sencilla, que ya se había hecho también Latournelle:

—¿No es preciso que la fortuna de Carlos Miñón sea colosal para que la parte de Dumay ascienda á seis-

cientos mil francos y para que éste se constituya en su intendente?

—El señor Miñón ha llegado en un buque de su propiedad, cargado de añil—se decía en la Bolsa.—Sin contar el valor del barco, ese cargamento vale ya más que lo que él dice poseer.

El coronel no quiso despedir á sus criados, escogidos con tanto cuidado durante sus viajes, y se vió obligado á alquilar por seis meses una casa en la parte baja de Ingouville, pues traía consigo un ayuda de cámara, un cocinero y un cochero negros, y un mulato y dos mulatas con cuya fidelidad podía contar. El cochero buscaba caballos de silla para la señorita y para su amo, y caballos de tiro para la calesa en que el teniente y su coronel habían llegado. Este coche, comprado en París, era de última moda, y llevaba las armas de La Bastie rematadas en corona condal. Estas cosas, insignificantes á los ojos de un hombre que hacía cuatro años que vivía en medio del desenfrenado lujo de las Indias, fueron comentadas por los negociantes del Havre y por la gente de Ingouville y de Gravelle. En cinco días, corrieron en Normandía con la rapidez del rayo multitud de rumores.

—El señor Miñón habrá vuelto de la China con millones—decían en Rouen,—y, al parecer, ha adquirido el título de conde durante su ausencia.

—Pero ¡si era ya conde de La Bastie antes de la Revolución!—respondió un interlocutor.

—De modo que ahora habrá que llamar *señor conde* á un liberal que sólo se llamó Carlos Miñón durante veinticinco años. ¿Adónde vamos á parar por este camino?

Á pesar del silencio de sus padres y amigos, Modesta pasó, pues, por ser la más rica heredera de Normandía, y todos los ojos percibieron entonces sus méritos. La tía y la hermana del señor de Herouville confirmaron en Bayeux, en pleno salón, el derecho de Carlos Miñón al título y al escudo de conde, debidos

al cardenal Miñón, en cuyas armas, en prueba de reconocimiento, fueron tomados por cimera y soportes el sombrero y las borlas. La tía y la hermana del duque de Herouville habían visto desde la casa de los Vilquín á la señorita de La Bastie, y su solicitud por el jefe de su empobrecida casa fué despertada en seguida.

—Si la señorita de La Bastie es tan rica como hermosa—dijo la tía del joven duque,—será el mejor partido de la provincia. Esa al menos es noble.

Esta última frase fué dirigida contra los Vilquín, con los cuales no habían podido entenderse, después de haber sufrido la humillación de ir á casa de aquellos.

Tales son los pequeños acontecimientos que debían introducir un nuevo personaje en esta escena doméstica, en oposición á las leyes de Aristóteles y de Horacio; pero el retrato y la biografía de este personaje, tan tardíamente venido, no serán extensos, á causa de su insignificancia. El señor duque tendrá tanto sitio aquí como en la historia. Su Señoría el duque de Herouville, fruto del otoño matrimonial del último gobernador de Normandía, nació durante la emigración, en 1796, en Viena. Vuelto con el rey en 1814, el viejo mariscal, padre del duque actual, murió en 1819 sin haber podido casar á su hijo, á pesar de su título de duque de Nivron; no le dejó más que el inmenso castillo de Herouville, el parque, algunas dependencias y una finca comprada con muchas penas, unos quince mil francos de renta en total. Luis XVIII dió el cargo de gran escudero al hijo, el cual, bajo Carlos X, tuvo los doce mil francos de pensión concedidos á los pares de Francia pobres. ¿Qué eran el sueldo de gran escudero y los veintisiete mil francos de renta para esta familia? Es verdad que el joven duque tenía en París el coche del rey y su palacio de la calle de Santo Tomás del Louvre, con grandes cuadras; pero su sueldo bastaba únicamente para el gasto del invierno,